
SIGNO Y PENSAMIENTO

Nº 15

ISSN 01290-4823

Licencia 00597 del 7-XII-81

Dirección: JOAQUIN SANCHEZ G., S.J.
Decano Académico

EDUARDO VALENCIA J., S.J.
Decano del Medio Universitario

Coordinación General: MARILUZ RESTREPO DE GUZMAN
Directora del Departamento de Comunicación

Consejo Editorial: JOAQUIN SANCHEZ G., S.J.
Decano Académico

EDUARDO VALENCIA J., S.J.
Decano del Medio Universitario

MARILUZ RESTREPO DE GUZMAN
Directora del Departamento de Comunicación

ANA MARIA LALINDE
Directora del Departamento de Expresión

GABRIEL JAIME PEREZ M., S.J.
Director de Posgrado

GONZALO A. RIVERA
Representante de Profesores

GILBERTO BELLO D.
Representante de Profesores

Comité de Trabajo: MARITZA CEBALLOS SAAVEDRA
Asistente del Departamento de Comunicación

Armada e Impresión: PUBLICACIONES
Universidad Javeriana

Costo por ejemplar: \$ 800.00 US\$10

Suscripción anual (2 ejemplares) \$2.000.00 US\$20

INTEGRANTE DE LA RED IBEROAMERICANA DE REVISTAS DE COMUNICACION Y CULTURA

**Volumen 8
Año 8 Nº 15
2do. Semestre 1989**

SUMARIO

<i>Gabriel Jaime Pérez</i>	5	EDITORIAL Violencia y Comunicación Social El desafío de una comunicación para la paz
<i>Amparo Cadavid</i>	11	ENSAYOS Para un estudio sobre los medios de comunicación y la violencia hoy en Colombia —reflexiones previas—
<i>Claudia Herrán Monedero</i>	25	¿Qué pasó con la prensa popular?
<i>Paul Ricoeur</i>	33	APUNTES DE CLASE La fragilidad del lenguaje político
<i>María Lucrecia Rovaletti</i>	45	INVESTIGADORES INVITADOS Teoría general de los sistemas
<i>Luis Torres</i>	57	Comunicación y propaganda televisiva —El plebiscito en Chile—
<i>Fernando Torres</i>		
<i>Patricia Alvarez</i>		
<i>Javier Esteinou Madrid</i>	85	Televisión y conciencia Los nervios de la cultura nacional en la puerta del siglo XXI
<i>Gonzalo A. Rivera M.</i>	103	PUNTOS DE VISTA ¿Por qué no reaccionamos?
<i>Ana María Lalinde Posada</i>	115	PONENCIAS Y RESUMENES Práctica profesional e inserción laboral
<i>Jaime Rubio Angulo</i>	123	Habermas y Rawls Discusión, consenso y tolerancia
<i>Gonzalo A. Rivera M.</i>	129	Un imperativo Fortalecer la nueva investigación social para res- ponder al problema de la violencia
<i>Esmeralda Villegas</i>	133	ENTREVISTAS Juan Manuel Roca: La poesía es el mayor ejercicio de la libertad
<i>Marianne Ponsford</i>	141	TRABAJOS DE GRADO La mirada: Trascendencia de lo físico

Violencia y Comunicación Social

El desafío de una Comunicación para la paz

El tema de la violencia está de moda, y de manera especial en el campo de la comunicación social. La violencia en todas sus formas se hace presente todos los días, de modo constante y repetitivo, no sólo en los ámbitos de la información noticiosa y documental, sino también en los de la ficción recreativa a través de los distintos medios de comunicación. Hoy se habla de una "cultura de la violencia", aludiendo a un complejo de relaciones y manifestaciones sociales que se da no únicamente en algunos países o regiones del mundo y de nuestro continente. En definitiva, este complejo está afectando a toda la humanidad, sumida en la amenaza de su autodestrucción. Ante esta realidad, surge con más fuerza que nunca el cuestionamiento a los medios de información, opinión y expresión cultural, sobre su papel y su responsabilidad en relación con los fenómenos de violencia.

Algunos aspectos significativos del cuestionamiento son, por ejemplo, los siguientes:

— **El sensacionalismo.** *La estimulación intencional de los instintos primarios en lugar de la invitación al razonamiento reflexivo y crítico. Al apelar al criterio absolutizado del "impacto" ("esto es lo que al público le gusta"), desde una mentalidad de hedonismo sensualista, se promueve una actitud conformista y superficial en las masas consumidoras de mensajes-mercancías. Subrayo la relación entre sensacionalismo y conformismo. La profusión constante de mensajes que incitan en lugar de cuestionar, ¿no estará abocándonos a un "acostumbrarnos", paralizando nuestra capacidad de actuar contra la violencia,*

aceptándola como algo cotidiano o propiciando también en muchos —especialmente en los niños y adolescentes— la inclinación a reproducirla como único medio de supervivencia y de éxito en la vida?

— **El espectacularismo.** *La realidad es mirada como un espectáculo, no asumida como espacio de un compromiso transformador en la búsqueda de condiciones de vida justas y fraternas. El público, convertido en espectador, se desentiende cada vez más de la exigencia de ser actor comprometido con la realidad histórica que está viviendo. Cuando mucho, la única posibilidad que se le ofrece es la de decir "sí" o "no". Además, la absolutización de lo espectacular ya ha convertido en no pocas ocasiones a los medios y a los profesionales de la información periodística en marionetas de los terroristas, que logran así su intención propagandística de protagonizar y conducir los hechos hacia sus propósitos destructivos.*

— **La magnificación de los violentos.** *¿Cuántas veces no hemos sido espectadores de reportajes en los que, sutil y hasta descaradamente se hace ver al delincuente, al narcotraficante, al criminal como un héroe, como una "estrella" en el firmamento del espectáculo cotidiano?*

Esto no solamente ocurre en el campo de lo noticioso o de lo documental, sino también y con cuánta abundancia, en el campo de la ficción: películas en las salas de cine, videos y transmisiones televisivas en las cuales el violento, sea de parte de los "malos" o de parte de los "buenos" —en el esquema de una mentalidad maniquea—, aparece como un personaje simpático y atractivo. ¿Cuántos héroes mercenarios presentados como "luchadores contra el crimen" y "vengadores justicieros", no estarán justificando velada o explícitamente la formación y el incremento de grupos terroristas y paramilitares?

Así, en medio del imperio del miedo, va surgiendo la sensación primitiva y nefasta de que es preferible la seguridad bajo la protección del más fuerte, en lugar de la libertad personal y social. Esta sensación parecen querer mantenerla y aumentarla con sus intereses oscuros los imperios transnacionales del Este y del Oeste, los grupos y organizaciones tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Y con frecuencia nos encontramos en la posición ingenua de hacerles el juego a los unos o a los otros, cuando la resonancia del manejo irresponsable de la información y de la publicidad nos invita al facilismo del éxito mágico logrado por la fuerza del poder, confundiendo el orden con la inmovilidad de las cadenas y la paz con el silencio de la desaparición o de la muerte.

El cuestionamiento a los medios puede resumirse así: ¿Son los medios de comunicación generadores de conductas violentas al presentar contenidos de violencia? A esta pregunta se ha venido dando por lo menos tres tipos de respuestas, desde diversas posiciones teóricas apoyadas en intentos investigativos cuyos resultados parecen seguir en gran parte en el terreno de las hipótesis.

— *Un primer tipo de respuesta es el de la llamada **teoría funcional-conductista de los efectos**: según esta teoría, la presentación de contenidos violentos es la causa que produce, como efecto inmediato y en virtud de la imitación, comportamientos de violencia en el perceptor. Desde esta forma de pensar, a los medios se los considera en términos de "jeringa hipodérmica" que inocular ideas, sentimientos y motivaciones, desencadenando conductas a partir del binomio estímulo-reacción.*

— *Un segundo tipo de respuesta es el de la **teoría de la catarsis o purificación**: según los que la proponen, en el sujeto que presencia a través de los medios contenidos de violencia, se opera un proceso de identificación-proyección que "libera" sus impulsos agresivos reprimidos y los traslada al escenario que está percibiendo, de tal manera que sus posibles conductas violentas quedan inhibidas en la vida real al haber sido proyectadas imaginariamente en el medio. Esto, dicen los sustentadores de la catarsis, ocurre especialmente con el cine y la televisión. Como puede verse, esta posición contradice a la anterior, y si la persona muestra comportamientos violentos después de su exposición a los medios, los catárticos replican que esto no es efecto de los contenidos percibidos, sino de una predisposición del individuo que obedece a otros factores psíquicos y socioculturales.*

— *El tercer tipo de respuesta es el que proclama la **inocuidad de los medios de comunicación**: éstos, al ser simplemente medios de información o de entretenimiento, reflejan lo que de hecho ya está ocurriendo en la sociedad o en la vida, o imaginan situaciones que sólo representan la naturaleza humana o la historia, en la cual la violencia es muy anterior a cualquiera de los modernos medios de comunicación.*

Aunque podría matizarse y profundizarse más detenidamente cada uno de estos tres tipos de respuesta, considero que el cuestionamiento a los medios no puede resolverse tan fácilmente. Ninguna de las tres posiciones me parece satisfactoria, pues, por una parte, no son los medios los únicos factores que influyen en el comportamiento humano; pero, por otra, sería también una ingenuidad—o de pronto una complicidad— minimizar el influjo de esos mismos medios que, sin ser los únicos, sí son agentes importantes de socialización, especialmente en los niños y en los adolescentes, como también en no pocos adultos expuestos a ellos sin una suficiente actitud de distancia reflexiva y de discernimiento crítico.

En todo caso, y sea cual fuere el aporte de cada una de las tres respuestas mencionadas, en el cuestionamiento que se les hace a los medios con respecto a la violencia se puede esconder de pronto un intento de evadir la responsabilidad que a todos nos compete (emisores y perceptores, productores y usuarios). Es muy fácil encontrar "chivos expiatorios", y hoy parece común este rito de descargo en ciertas investigaciones pretendidamente científicas que buscan demostrar lo que ya desde antes tenían por un hecho irrefutable. Echarle la

culpa a los medios —siempre parece que hubiera que encontrar un “culpable”, al que todos nos sentimos autorizados para tirarle la primera piedra y muchas más—, como si los medios actuaran mágicamente aislados de todos los demás actores socioculturales, puede estar siendo la forma de lavarse las manos sin querer afrontar de lleno el problema del que todos somos responsables. Y lo somos porque de una u otra forma estamos implicados en unas estructuras de violencia institucionalizada, ese “primer círculo” de la espiral de la violencia del que hace veinte años nos hablaba Helder Cámara y que es el generador de los otros dos círculos o formas de violencia subsiguientes: la subversiva y la represiva.

Por eso es preciso rechazar de plano la posición farisaica y maniquea de quienes, siguiendo incluso el esquema impuesto por el espectacularismo reinante en la comercialización masiva del entretenimiento y de la información, conciben el mundo como un escenario de lucha entre “buenos” y “malos”, colocándose de entrada en el campo de los primeros y situando a todos y todo lo demás —incluidos los medios— en las filas de los segundos. El denunciismo o absolutización de la denuncia contra los medios como si fueran la encarnación de lo diabólico, parece haber vuelto a poner de moda el censurismo en no pocos grupos y ambientes sociales, tanto civiles como religiosos, y no hay que olvidar que toda absolutización de una posición como si fuera la única y la que hay que imponer, es propia del fanatismo, y todo fanatismo conduce precisamente a la violencia.

En consecuencia, y aventurando un intento de respuesta a la pregunta sobre quién es responsable en la relación entre medios y violencia, me parece que, siendo la responsabilidad de todos, la forma adecuada de resolver el problema no es la imposición de estatutos o decretos represores contra los medios a través de las instancias gubernamentales. Por otra parte, aun reconociendo la necesidad de una “autorregulación” de los profesionales de la comunicación social mediante códigos deontológicos, sería absurdo pretender que será este el factor que, por sí solo, mágicamente, genere un comportamiento responsable en el uso de los medios. Es la creación y el desarrollo constante de mecanismos de auténtica participación, desde la educación para la recepción activa y la percepción crítica por parte de los usuarios de los medios, pasando por la promoción de la capacidad de todos los sectores del pueblo para producir y difundir sus propios contenidos culturales, hasta su representación real y eficaz en el establecimiento y desarrollo de políticas de comunicación acordes con sus valores y derechos humanos, lo que hará posible que los medios no sean reproductores, impulsores o cómplices de fenómenos violentos que tienen su origen en la violencia estructural.

Gabriel Jaime Pérez, S.J.



Adriana Angel Marfño Andrea Echeverri Jaramillo Catalina Piedrahita Betancourt